

Hablar de usted puede ser causa de una tragedia

» Almas gemelas y otras que no lo son

la entendía. Nadie le encontró alguna explicación.

Al principio, a ella le costaba trabajo inclusive dormir en la misma cama con él. Nunca quiso verlo desnudo y menos que él la viera a ella de esa manera. La pena de ella con él era tan grande que, a pesar del inmenso amor que sentía por su Florecita optó por cambiarse a otra recámara, para que ella pudiera descansar a gusto, sin el temor de que él la viera desnuda y sin la necesidad que ella tenía de taparse los ojos cada vez que él se desvestía para ponerse la pijama.

Luis se despidió de sus amigos porque la empresa para la que trabajaba lo enviaría a otra población y no sabía cuánto tiempo estaría fuera de Guadalajara. Tenía la esperanza de que el cambio permitiría a su esposa cambiar también y hablarle de tú.

Pasaron los años. Un día los amigos encontraron en el café acostumbrado a su amigo Luis. Él estaba triste, se veía decepcionado de la vida, pero no padecía depresiones. Les contó entonces el final de su triste historia. La casa en que vivían en la población a la que se habían mudado tenía un amplio jardín, así que contrataron un jardinero. Este era un individuo con una sola cualidad, mantenía el jardín impecable. Pero era sucio, desaliñado, mal vestido. No era joven. Sin embargo, Flor pasaba siempre buenos ratos platicando con él mientras arreglaba el jardín y, cosa rara, le hablaba de tú.

Y llegó la tragedia. Al llegar Luis a su casa no encontró a Flor. Había una nota sobre la mesita de la sala en la que ella le pedía perdón y le explicaba: *“ya ve usted que nunca pude hablarle de tú, por más que lo intenté y le juro que sí lo quise, pero no sé porque me daba pena con usted. Le ruego me perdone porque me voy. No sé que va a ser de mi vida, pero no lo haré sufrir dándole detalles. Ojalá encuentre usted algún día la felicidad que yo no pude darle”*.

Al terminar el relato, Luis no pudo evitar que una lágrima escapara de sus ojos. Sus amigos permanecieron en silencio porque respetaban su dolor. Un par de días después se enteró Luis de que ella se había ido con el jardinero.

Luis regresó a Tlapacoyan y me buscó para platicarme su historia. Lo escuché con atención y no pude evitar estremecerme al oír el final. Lo vi un par de veces más hasta que él se despidió de mí, quería encontrar un nuevo destino y lo iba a buscar a los Estados Unidos. Le pedí autorización para publicar lo que me había contado, en estas crónicas. De su Florecita, nadie supo nunca qué fue de ella.

Almas gemelas

Eran dos personas que estaban identificadas de tal manera que se sabían como almas gemelas. Poco a poco se fue dando una especie de simbiosis entre ellos. Se llevaban tan bien que hasta hicieron un pacto de que siempre se iban a decir toda la verdad, sin importar cuál fuera, sin importar que uno pensara que la otra se iba a entristecer con esa verdad.

Y en verdad se llevaban muy bien. Se hacían bromas que a ambos les gustaban porque sabían que eran hechas con cariño. Los jaloneos para que él no se fuera sin revelar todo y que a él lo atacaban de risa. Esa aparente seriedad de ella en la que se notaba que en realidad también se moría de risa. O la vez que ella le hizo la maldad de llevarlo a un masaje que le dejó la guayabera negra de mugre. O esa magnífica broma en la que ella le estuvo enviando mensajes de amor, pero haciéndose pasar por otra persona.

Tantos momentos tan bellos que vivieron juntos. Pero un día él se dio cuenta que ella parecía verlo como un extraño, porque siempre le hablaba de usted y consideró que debía seguir la pauta que ella le marcaba, así que le comenzó a hablar de usted también. Ella al principio creyó que él estaba bromeando, porque



Eran otros tiempos. El primero, de izquierda a derecha era José Diez Zorrilla, Tío Pepe, papá de Chucha y José Diez Ortiz; el quinto era José Antonio Fernando Diez Bello, tío abuelo de este cronista y abuelo de José Antonio Diez Alarcón (por eso el nombre de éste, de quien en crónica anterior se dieron los detalles acerca de su secuestro). Llamen la atención las vestimentas. Fernando Diez era, igual que sus hermanos, un hombre alto al que le gustaba lucir la ropa e igual que los demás lleva saco. Del segundo al cuarto llevan traje completo. Eran, decíamos, otros tiempos. El lugar, evidentemente, es el parque central o Plaza de Armas. Frente a ellos, la fuente. Atrás, el quiosco, con techo de lámina de zinc. El más antiguo. La foto tiene alrededor de 90 años de antigüedad.

se llevaban muy bien y no creía que pudiera ser de otra manera. Pero él se mantuvo firme en su propósito de tratar a quién tanto quería de igual a igual, no podía permitir que la gran identificación que los unía se viera afectada porque él no siguiera la pauta que ella marcaba.

Pasaron las semanas, los meses y ella no podía cambiar, mientras que él se mantuvo firme en responderle a ella de usted. La quería tanto que hacía todo lo posible para que ella se diera cuenta de que estaba cometiendo un error e intentaba demostrarle, hablándole de usted, lo mal que él se sentía por un supuesto respeto mal entendido que ella decía tenerle para explicar porqué no podía dejar de hablarle de la manera en que lo hacía. Cada vez que ella le hablaba de usted, él se entristecía porque pensaba que nunca iba ella a dejar de verlo como un extraño, era como si cada vez que ella le hablaba le estuviera dando una cachetada. Él le explicó: *“Está bien que tu empleada me hable de usted, pero tú, ¿por qué lo haces?”*. En Tlapacoyan existía y existe esa costumbre entre ciertas personas, otro tipo de personas, pero no era el caso de ellos y él se lo hizo notar.

Ella no era ninguna indita que hubiera vivido con esa tradición arraigada de hablar de usted a todo mundo. Tampoco veía a su amigo como su confesor, ni como la autoridad a la que hay que respetar. A Dios le hablaba de tú. ¿Qué sucedía? ¿Cómo explicarlo? Ninguno pudo hacerlo. Desafortunadamente, tal manera inexplicable de comportarse nos deja con un final inesperado, con el que termina esta triste historia.

Pasaron los años, siguieron siendo amigos, pero la amistad poco a poco se fue enfriando porque ninguna puede crecer lo debido cuando se hablan de usted. Ya nunca pudieron recuperar esa magia que alguna vez los unió. No se dieron cuenta de que Dios, o el destino, les había regalado algo que la mayoría de los seres humanos nunca tiene, una bellísima amistad, una unión tal que los convirtió en almas gemelas y la perdieron.

Amor hasta el final

Esta era la más común de las historias de aquellos que se hablan de usted a pesar de estar casados, en Tlapacoyan. Y aunque parezca increíble, todavía hay matrimonios que siguen esa manera de conducirse en el matrimonio.

Es el caso de Juana y Pedro. Él parecía el patrón de ella porque una palabra suya equivalía a una orden. Juana jamás desobedeció a su esposo e invariablemente le hablaba de usted. Y no era algo que él le hubiera pedido, era la forma de ser de Juana, así la educaron.

Lo curioso del caso es que a ella le daba pena, inclusive, dormir en la misma cama con él. Cuando se despedían, ella tomaba un petate que siempre permanecía enrollado a un lado de la cama, lo extendía, y ponía sábanas, almohada, un sarape y ahí dormía. Pedro, sin inmutarse, lo hacía plácidamente en la cama matrimonial. Se amaban en la cama, pero ella la abandonaba para irse a su

petate cuando se disponían a dormir. El deseo sólo podía expresarlo él y sólo cuando él lo decidía hacían el amor. Y en verdad se amaban. Pero además, ninguno hizo nunca nada para cambiar tal manera de convivir. La sumisión era total.

Cuando salían a la calle, cada uno por su lado y por casualidad se llegaban a encontrar, ella sólo agachaba la cabeza sin voltear a verlo, a menos que él la llamara. Juana le decía *“mi señor”* a Pedro y él le llamaba simplemente Juana. ¿Qué tanto se querían? ¿De qué forma?

Estaban casados, pero ella se comportaba como su sirvienta. Le preparaba la comida, se la servía y sólo hasta que él se levantaba de la mesa ella ponía su plato y comía y generalmente lo hacía en la cocina.

Cuando salían juntos Juana siempre caminaba detrás de Pedro, como si fuera su soldadera, o como si él fuera el rey y ella un vasallo que no podía atreverse a caminar al lado de él. Pero no se trataba de que el fuera grosero, o ella una dejada, simplemente era la costumbre que arrastraban estos dos pobres seres desde tiempos inmemoriales.

Un infarto temprano, como sucede con frecuencia en Tlapacoyan, acabó con la vida de Pedro. Lo trajeron a la casa y acomodaron el ataúd con el cuerpo en la sala. Alrededor de éste y en la calle los familiares de ambos colocaron sillas para todos los que acudieran a dar el pésame. Se repartieron tamales, café y pan de dulce. Ella se veía destrozada. Se sentó en un sillón y durante horas permaneció ahí, con la mirada fija en el piso. De repente, en la madrugada, Juana se levantó, abrió la tapa del ataúd y se le quedó viendo a Pedro, que yacía inerte en el interior. *“Pedro”, le dijo Juana con sinceridad, “por favor, no me dejes, te quiero mucho; si te vas, qué voy a hacer sin ti”*. Al final, Juana le pudo hablar de tú a Pedro, pero ya era tarde, él no pudo escucharla.

(Nota aclaratoria: Por un error, en la crónica de la semana pasada, con la entrevista a las tres candidatas a reinas de la feria de Tlapacoyan, en el párrafo final se menciona a Alexa, cuando la referencia era a Carolina. El final debió quedar de la siguiente manera: *Tras la entrevista que le hice a Carolina, hubo un detalle tan chistoso que no puedo dejar de anotarlo, además de que me comprometí a hacerlo con ella y con una de sus amigas, que fue la protagonista de éste. Cuando pregunté a Carolina qué me faltó de preguntarle, la amiga le sugirió que me dijera que le preguntara si se quería casar conmigo. Eso fue suficiente para que Carolina, este cronista, sus padres y otros testigos de la entrevista nos carcajearamos hasta las lágrimas. Fue, no cabe duda, lo mejor que pudo haber sucedido ese día para que quien esto escribe se fuera feliz por el trabajo realizado, que más que trabajo fue la maravillosa oportunidad de conocer a tres jovencitas que, si por mi fuera, las tres recibirían la corona).*



ALFONSO DIEZ GARCÍA
CRONISTA DE Tlapacoyan
alfonso@codigodiez.mx

Tlapacoyan tiene 60 mil habitantes y, en consecuencia, lo hemos dicho antes, 60 mil historias. Diversos personajes de la picaresca de la población han desfilado por estas páginas. Otros aguardan.

Pero hay muchos más que permanecen anónimos porque su vida se desarrolló discretamente y sin embargo merecen su espacio en estas crónicas porque son representativos. En este caso lo son de una forma de comportarse que fue la norma en el pasado y a la fecha persiste en algunas familias. Se trata de aquellos que le hablan de usted a sus padres, o a su esposo, o a la amiga o amigo más entrañable. Son parte de las historias de Tlapacoyan que no podemos dejar en el olvido.

La Flor de Luis

Luis Núñez salió de Tlapacoyan desde que era niño. Sus padres querían que recibiera una educación de primera y como tenían familiares en Guadalajara lo enviaron a estudiar a esa población desde la primaria hasta la universidad.

Luis regresaba siempre que podía. La mayor parte de sus vacaciones las pasaba en su pueblo querido y sucedió que en cierta ocasión, cuando estaba a punto de graduarse en la universidad, conoció en el parque central a una jovencita que le llamó la atención desde la primera vez que se cruzó con ella durante el recorrido acostumbrado dando vueltas al mismo. Se iba, regresaba y no se atrevía a hablar con ella. La oportunidad se presentó en una ocasión en que la vio tomando un helado de don Erasto frente al palacio municipal, acompañada de una amiga de él. Se les acercó y comenzaron a platicar, pero ella, que se llamaba Flor, por cierto, le hablaba de usted, era una costumbre que tenían en su casa. Así le hablaba Flor a sus padres y así le hablaba también a Luis. Tomaban el café, daban vueltas al parque, iban por su helado y cuando comenzaba a oscurecer él la acompañaba a su casa e invariablemente ella se despedía así: *“Que pase usted muy buenas noches”*.

Un día se hicieron novios y al despedirse se dieron su primer beso, pero cuando ella volteó a verlo para despedirse no pudo evitar hablarle de usted: *“Que pase usted muy buenas noches”*.

Pasaron los meses y ella no podía hablarle de tú. Lo platicaron muchas veces, pero ella no entendía porqué no se podía dirigir a él de esa manera, con todo y que ya eran novios. Él se graduó y un par de años después se casaron. Se fueron a vivir a Guadalajara, donde él ya estaba encaminado con un buen trabajo. Ella le seguía hablando de usted.

Luis se reunía con dos amigos, verdaderos amigos, entre los que se platicaban todo y él les contó la extraña conducta de su esposa. Nadie